

LAS ETAPAS EVOLUTIVAS DE LA FE Y LA ACCION EDUCATIVA

Fe objetiva y fe subjetiva

En su dimensión objetiva, la fe es el conjunto de verdades que constituyen el credo. Ese conjunto de verdades, el credo, no es ningún mosaico, como a veces pudiera parecer al cristiano. Todos los dogmas, por más contrapuestos que a veces parezcan, son aspectos de una misma verdad: la verdad de un Dios único, omnipotente y bondadoso que es principio y es fin de todas las cosas; que ha creado al hombre y que será la fuente de su eterna beatitud después de haberlo salvado. Dios, «el Dios que salva, que beatifica, es el que nos hace penetrar en su misma vida, la vida de la Santísima Trinidad; el que se nos entrega por su encarnación en el seno de la Virgen María y nos redime por su vida, su muerte y su resurrección; el que nos envía su Espíritu para que more en nosotros y nos haga unos en El; el que borra el pecado, el que es la plenitud de la gracia, la cabeza de la Iglesia, la fuente de toda vida sacramental, el juez de vivos y muertos, el que hace que el simple don de la fe y la caridad, envuelto aún en el misterio, adquiera toda su expansión en su eternidad bienaventurada»¹.

Las verdades del credo constituyen, pues, el objeto de la fe, y Dios salvador es el centro de ese objeto.

En su dimensión subjetiva, la fe cristiana es la creencia en las verdades que constituyen el contenido objetivo de la fe. Es una actitud de aceptación de algo. Y ese algo son las verdades creídas.

En la fe cristiana no pueden desligarse, si no es abstractivamente, la dimensión subjetiva y la objetiva, la creencia y el contenido de la creencia. «Hay quienes pretenden que lo que importa en definitiva no es tanto lo que se cree como el hecho de creer; como la seriedad

¹ François TAYMANS D'EYPERNON, *La foi communion de l'homme avec Dieu*, Lumen Vitae, IX, 236.

y la intensidad que en el creer se nos pone. Lo importante sería, pues, la calidad, la fuerza y la profundidad de la actitud personal de asentimiento, siendo solamente el contenido ocasión de la decisión interior y del estado de certeza que de ella se deriva... Otros afirman que los contenidos cambian con las épocas y los pueblos, con las disposiciones de cada uno y las circunstancias de su vida, siendo, sin embargo, idéntico lo esencial, es decir, el estado de espíritu religioso, la experiencia viva de un absoluto sagrado. Pero no es tal el pensamiento del evangelio. Lo que en él se llama «fe» no representa una actitud religiosa común que pueda recibir los contenidos más diversos —algo análogo a un conocimiento abstracto capaz de aprehender multitud de objetos, quedándose en simple conocimiento. La fe, en sentido estricto, tiene un carácter único y exclusivo. La «fe» no es una noción global que pueda convenir a múltiples modalidades: a la fe cristiana o musulmana, al paganismo de los antiguos griegos o al budismo. Es el término que designa un hecho único: la respuesta dada por el hombre al Dios que se ha manifestado en la persona de Cristo»².

Tratando de la dimensión subjetiva, cabe insistir en que la fe es algo más que el simple creer en el contenido objetivo, si por creer entendemos sólo admitir como ciertas las verdades que son objeto de creencia. Es necesaria una total adhesión de toda la persona a esas verdades y que, consecuentemente con la actitud de asentimiento y adhesión, toda la vida esté orientada e impulsada por los principios de la fe que se profesa. La fe debe impregnar toda la vida, orientar los juicios, dominar el corazón, excitar la voluntad de quien la posee. La fe debe proyectar una luz que ilumine a todo el hombre y lo ilumine todo en el hombre; y debe constituir para él un impulso que estimule, aliente, vivifique su actividad interior.

Fe de niño y fe de adulto

El niño que es llevado a la fuente bautismal para ser bautizado solicita de la Iglesia la fe. Y recibe, en efecto, la fe. «El bautismo no es sólo la incorporación del individuo a la comunidad ni la consagración de su pertenencia a ella, ni el hacerse cargo la comunidad del neófito. En el bautismo sucede algo profundo muy distinto: se forma un germen de vida. Dios deposita el germen de una estructura nueva y de una nueva actividad en el hombre que hasta entonces

² Romano GUARDINI, *Vie de foi*, Les Editions du Cerf, París, p. 23.

vivía en el corazón de una perspectiva profana»³. Ha de notarse bien lo de la figura del germen. La fe del niño que recibe el bautismo es una fe plena, pero en germen, un germen que habrá de desarrollarse, una potencia que habrá de actualizarse. Es una fe auténtica, ciertamente, pero no es una fe personal y consciente, puesto que el niño es incapaz de ningún acto de conciencia. Es la fe de la Iglesia y la de sus padres o padrinos. «Del mismo modo —dice San Agustín— que unos le han prestado sus manos y sus pies para ir a la iglesia y otros su boca para responder a las preguntas formuladas por el sacerdote, otros le han prestado la fe para que sea bautizado en el agua, ciertamente, pero también en la fe»⁴.

Ahora bien: esa fe es como una luz naciente, como una virtud oculta, como un germen que habrá de desarrollarse. El niño habrá de ir adquiriendo el conocimiento explícito de las verdades de la fe; habrá de prestarles asentimiento y adhesión personal; habrá de experimentar en su alma las vivencias del sentimiento religioso; habrá de ajustar su vida a los principios de la religión. Y eso en la medida en que sea capaz en cada una de las etapas de la evolución de sus facultades. Porque la gracia no destruye la naturaleza. Se basa en ella. Por consiguiente, al paso que el niño crece hasta hacerse adulto, crece también, o debe crecer, su fe, hasta llegar a ser una fe de adulto. Es interesante señalar aquí una precisión que hace Colomb refiriéndose a este tema de la fe de niño y fe de adulto. «Hemos hablado —dice— de una fe de adulto y no de una fe adulta. En cada edad, en efecto, se puede hablar de una fe adulta. La fe es adulta si responde plenamente a la gracia recibida y con toda la capacidad humana de que uno dispone. La santidad, la plenitud de la fe así entendida, es de todas las edades. Se puede decir que hay una fe adulta en la edad del párvulo y en la infancia, como la hay también en la adolescencia y en la edad madura y en la ancianidad. En cada uno de esos estados, la fe se caracteriza en su aspecto humano por los caracteres propios de cada edad. Salvo en los casos de desarrollo precoz, no cabe esperar en una edad la fe que corresponde a la siguiente»⁵.

Pero si normalmente la fe no debe sobrepasar los límites de la

³ GUARDINI, *op. cit.*, p. 177.

⁴ A. M. ROGUET, *Les sacrements signes de vie*, Les Editions du Cerf, París, p. 69.

⁵ COLOMB, *Enfants des hommes et enfants de Dieu*. En *Actes du 2eme Congrès National de l'Enseignement Religieux*, Documentation Catéchistique, París, p. 57.

edad correspondiente, tampoco debe estabilizarse en un estadio inferior cuando el individuo va superando las etapas evolutivas de su vida. Cuando el niño llega a adulto, su fe debe desprenderse de las características de la personalidad infantil y adquirir las que corresponden a la personalidad adulta.

¿Cuáles son esas características? En el plano fisiológico, se considera adulto al que ha alcanzado ya su pleno crecimiento. Un concepto así no podemos trasladarlo literalmente al plano espiritual, y menos al religioso, sobre todo cuando entra en juego la gracia. La fe nunca alcanza una plenitud de la que no pueda pasarse. El gran apóstol, al fin ya de una vida cuajada de fruto, dice todavía: «Yo, hermanos míos, no pienso haber tocado al fin de mi carrera. Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo y mirando a las de delante, ir corriendo hacia el hito para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto por Jesucristo»⁶.

Adulto, en el plano espiritual, podemos decir que es el que ha logrado una armonía que lo hace autónomo y le permite continuar realizándose por sí mismo. Según esto, la fe del adulto tendrá como característica básica la de la autonomía. Autonomía que procederá del desarrollo que han alcanzado sus facultades y la armonía que reina entre ellas, y de la estructuración interna que ha adquirido su mundo valoral.

Esta autonomía no ha de entenderse de modo absoluto. El hombre, por más que haya alcanzado plena madurez, no es autónomo sino de modo relativo, máxime tratándose de cuestiones de fe. Cuando se dice que la fe del adulto es autónoma, quiere decirse que no acepta lo que se cree y se practica en el medio en que vive de una manera pasiva, como generalmente hace el niño, sino que, teniendo conceptos propios y siendo capaz de reflexión crítica, presta consciente y libremente su adhesión personal al objeto de la creencia. Sabe lo que cree y por qué lo cree. Su fe llega, a través de los motivos de credibilidad, a apoyarse directamente en el auténtico motivo de la fe. El que está en posesión de una fe de adulto no es religioso porque deba serlo en virtud de exigencias externas de orden meramente social, sino porque libre y conscientemente quiere serlo.

Otra característica importante de la fe del adulto es la de la integración. En la vida del niño se da fácilmente la disgregación. No hay acuerdo muchas veces entre el pensar, el querer y el obrar. Y así, en el niño o en el adulto que no ha llegado a superar la fase

⁶ Filip., 3, 12-13.

de la fe infantil, es frecuente encontrarse con que la vida no responde a las ideas. Su comportamiento está en desacuerdo con los principios que cree. O si practica, no va mucho más allá de ser un practicante rutinario y conformista. Su práctica no procede de ideas bien esclarecidas y de convicciones sólidas. En la persona adulta, en cambio, las ideas forman un todo sistematizado, organizado. Y esas ideas dan a toda la vida una orientación determinada. En la persona que tiene fe de adulto, la vida se integra en la fe. Los principios de la religión constituyen la base y armazón de su sistema ideal y rigen todo su comportamiento. No quiere decirse que habrá siempre perfecta consecuencia entre las obras y la fe. La inconsecuencia es posible, y aún será un hecho más o menos frecuente. Pero cada vez que la inconsecuencia se dé, el sujeto tendrá conciencia de ella y sentirá un desgarró en su personalidad que le hará exclamar con San Pablo: «¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?»⁷. «No hago el bien que quiero; antes bien, el mal que no quiero»⁸.

Las etapas de la fe

Si las características de la fe, en su aspecto humano, dependen de las características psicológicas del sujeto, en la religiosidad del niño que se hace hombre podemos distinguir tantas etapas como distinguen los psicólogos en la edad evolutiva de los individuos.

Fundamentalmente son tres las etapas que conducen a la madurez de la persona: la de la infancia, la de la adolescencia y la de la juventud. Estas son, por consiguiente, las etapas por las que normalmente ha de pasar la fe antes de llegar a ser una fe de adulto.

La etapa de la infancia tiene una primera fase —la anterior al uso de la razón— en la que no puede hablarse de religiosidad consciente. Es una fase excepcionalmente importante desde el punto de vista religioso. Pero el despertar de la conciencia religiosa no tiene lugar hasta que, a los seis o siete años, empieza a despertarse la razón del niño. Es, pues, a esta edad cuando se inicia esa primera etapa de la fe infantil, que debe concluir hacia los once, doce, trece años, es decir, en el momento de iniciarse la pubertad. Guittard⁹ llama a la fe de esta etapa fe imitativa, porque el niño —en un me-

⁷ Rom., 7, 24.

⁸ Rom., 7, 20.

⁹ Cfr. J. GUITTARD, *L'Evolution religieuse des adolescents*, Editions Spes París, pp. 443 y ss.

dio religioso, por supuesto— adopta, sin reflexión crítica alguna, las ideas, los sentimientos y las prácticas de los que le rodean. Es una etapa que no ofrece problemas. Cualesquiera que sean las diferencias que puedan advertirse en tal o cual niño, su fe es siempre segura. Y esa seguridad nace de la confianza que tiene en la autoridad de las personas mayores.

Con la pubertad hay una crisis en la vida síquica del individuo y se inicia una etapa nueva, que en la vida religiosa califica Guittard de turbulenta (*bouleversée*). Es la etapa que corresponde a la adolescencia. El adolescente descubre su intimidad y se da cuenta de las posibilidades de su personalidad. Y al pensar en el período precedente, en el que su vida ha estado en total dependencia de los demás, se siente empequeñecido y humillado. Quisiera romper con todo lo que representa la infancia y puede suponer estabilización en un estadio que desea superar. Las ideas, las valoraciones y las prácticas religiosas recibidas de otro son desmontadas de sus pedestales y sometidas a reflexión crítica. De esa crítica puede resultar que sean rechazadas como cosa que no vale la pena, o que sean respuestas honrosamente en su lugar. Pero entonces no ya como cosa recibida, sino como una adquisición personal.

«La fe vivida hasta entonces en la simplicidad de los vínculos familiares debe ser reconstituida en sus cimientos. Al hacerse adulto, el jovencito debe asumir la responsabilidad de su fe. Ni la madre, ni el padre, ni el maestro, ni el amigo, ni el medio serán en adelante los verdaderos responsables, sino él mismo. Es él quien se encuentra directamente frente a Cristo y frente a la Iglesia, y quien escucha la voz de Dios en el interior de la conciencia, donde nadie es capaz de entrar para ponerse en su lugar»¹⁰.

Cuando esto ocurre, entramos ya en una nueva etapa: en la etapa que corresponde a la juventud. Guittard califica de «personalizada» a la fe de este momento, porque el joven que ha pasado por la fase anterior, si es religioso, lo es porque quiere serlo, porque ha comprendido que la religión tiene un sentido en su vida y ha decidido prestar su adhesión personal a la fe y vivir de acuerdo con sus exigencias.

En esta etapa hay una tarea muy delicada que realizar. Se trata de sistematizar conceptos y de establecer una síntesis armónica entre los principios ideales y las realidades de la vida. El individuo sale de la adolescencia con la mira puesta en un ideal noble y bello,

¹⁰ GUARDINI, *op. cit.*, p. 18.

y el alma llena de ardoroso entusiasmo y se encuentra con un mundo de realidades: las cosas, los hombres, las instituciones, las situaciones y aun el mismo yo, que no responde al esquema ideal. «La vida le hace comprender cuán opaca y estática es la existencia y lo impotentes que resultan ante ella el ideal puro y los grandes impulsos del corazón; y le enseña lo que la realidad es y cómo esa realidad plantada sobre sus propias bases se opone a nuestra vida afectiva sin ceder un ápice»¹¹.

Dos peligros amenazan al joven en estas circunstancias. Uno, el de permanecer encastillado en su mundo ideal, singularmente ajeno a la vida real que en torno a él se desenvuelve, inadaptado a las realidades del mundo existencial. Otro, «el de sucumbir ante la impresión de que la realidad es más fuerte que el ideal; de que las circunstancias son más duras que el espíritu; de que el egoísmo, la estrechez de miras, la mezquindad, la bajeza y la vulgaridad de la existencia son más vivaces que la magnanimidad del corazón»¹².

Y es necesario que logre evitar ambos escollos. Es necesario descender de las estratosferas ideales para hacerse cargo de la realidad, pero sin perderse en ella, sin adoptar una actitud de pesimismo derrotista, sin conformarse con la pobreza, la vulgaridad y la ramplonería de la vida. Si desciende al mundo de lo real, no es para sepultarse en él, sino para ascender con él al mundo de los ideales, que no se han desvanecido, que permanecen ahí con toda su potencialidad de atracción siempre intacta, con toda su belleza siempre cautivante. Ha de tener en la conciencia la idea de que el mundo es imperfecto. Pero ha de estar siempre dispuesto y firmemente decidido a luchar por perfeccionarlo. Cueste lo que costare, fidelidad. Eso es de adultos.

La acción educativa en el desarrollo de la fe

Aun tratándose de la educación en el plano meramente humano, el agente principal del fenómeno educativo no es el educador, sino el propio educando. El educador no pasa de ser un elemento secundario, una condición. Es tan importante, sin embargo, que resulta ser una condición fundamental, condición sin la que no será posible realizar debidamente la educación. Al él le corresponde estimular la actividad externa, para que se desencadene y avive el movimiento que ha de actualizar las potencialidades del sujeto educando; él es

¹¹ GUARDINI, *op. cit.*, p. 39.

¹² GUARDINI, *op. cit.*, p. 40.

el que ha de orientar el impulso y conducir la marcha ascensional por las vías de la perfección; él quien ha de mostrar, enseñar (*in-signare*) las verdades que deben ser conocidas por la inteligencia y los valores que deben ser apetecidos, poseídos y realizados por la voluntad.

Cuando de lo que se trata es de la educación religiosa, nos tenemos que mover en el plano de lo sobrenatural. Y en ese plano, la acción del educador queda aún más reducida a lugar secundario, porque es Dios en él el agente primero. Dios es el que planta en el alma del educando el germen de la fe, y El es el que riega y hace crecer y fructificar la semilla. Pero tampoco aquí está de más, ni mucho menos, la acción del educador. La fe tiene un contenido objetivo. Supone unas verdades a las que la voluntad se adhiere. Y ese contenido de la fe no lo comunica Dios directamente. Ha establecido que los hombres lo reciban de otros hombres. Cristo mandó a los apóstoles que predicaran el evangelio, para que las gentes pudieran creer —o dejar de creer— en El y, bautizándose, se salvaran¹³.

Y San Pablo afirma que para creer en el Señor es preciso oír hablar de El, y, por consiguiente, que haya alguien que hable, que predique, que enseñe¹⁴.

El niño que ha recibido la fe en el bautismo necesita que alguien —padres, maestros, catequistas, pastores de almas— le enseñe las verdades que constituyen el contenido de la fe, para que, a medida que se lo permita su capacidad mental, pueda conocerlas y prestarles su adhesión explícita.

Y no sólo el conocimiento de la religión necesita recibir el niño de sus educadores. Es necesario que en algún modo le comuniquen también el amor a los dogmas y le enseñen, viviendo, a vivir religiosamente.

Romano Guardini tiene una página que viene muy bien a este propósito, y la vamos a citar íntegramente. Se dirige a alguien de esos que, acentuando el tú a tú entre Dios y el alma que supone la fe, no tienen en cuenta cuánto depende de los factores humanos la fe de cada uno, y le dice: «¿De dónde te viene esa tu fe? ¿La has sacado de ti mismo? ¿O la has recibido directamente de Dios? Ciertamente que no. Tus padres te han educado. Tus maestros te han instruido. Has aprendido en los libros. Lo que has recibido lo debes a la práctica del culto de tu parroquia y a la tradición del ambiente.

¹³ Cfr. Marc., 16, 15-16.

¹⁴ Rom., 10, 17.

Y no pienses que únicamente has recibido contenidos doctrinales, doctrina puramente objetiva que a ti solo pertenecía convertir en fe o rechazar. Sino que tu misma fe, en cuanto vida del espíritu y del corazón, se ha encendido en la fe de los demás. Una enseñanza puramente doctrinal es incapaz de despertar la fe en el oyente. Esto sólo se realiza cuando la doctrina es creída por el maestro que la enseña. Sólo cuando la fe es amada y vivida, suscita la fe. Es la fe de tu madre, o la de un maestro, o la de un amigo, o la de uno cualquiera de los que te rodean, la que ha despertado la tuya. Sin que te dieras cuenta en un principio, has vivido con ellos en su fe; y así surgió tu fe, se afianzó y alcanzó finalmente la fuerza necesaria para mantenerse en pie. Como un cirio se enciende en la llama de otro cirio, así la fe se enciende en la fe.

«Ciertamente es Dios el que obra. El es quien atrae a sí los corazones y toca las almas. De una palabra oída, del encuentro con una figura, de la contemplación de una imagen saca el germen de la vida nueva. El es quien llama al individuo. Pero lo llama en cuanto hombre que está inextricablemente metido en la urdimbre de contextos necesarios en su vida. Y esos contextos son tan vivos, que es fácil reconocer en nuestra fe la actitud de aquellos en cuyo contacto se ha encendido: la manera cómo nuestros maestros han pensado de las divinas verdades; la forma como ha visto nuestro amigo las figuras sagradas; los motivos que han influido notablemente en el destino de tal ser que nos toca muy de cerca; la emoción con que la familia ha celebrado el acontecimiento de una fiesta; la gravedad profunda, inconsciente de su grandeza sagrada, con que rezaba nuestra madre y la fortaleza que sacaba de su confianza en Dios...; hasta esa gama de sentimientos que, indicando predilección, desaprobación, repulsa, crearon la atmósfera de nuestra infancia; hasta los usos propios de nuestro medio ambiente y las tradiciones locales»¹⁵.

No, no está de más la acción del educador. Dios no quiere prescindir de ella. Y el hombre la necesita en todos los momentos de su vida, pero muy especialmente en los momentos críticos de la formación de su personalidad. Cuando la mente empieza a adquirir las primeras imágenes cognoscitivas, las que habrán de servir de base y fundamento de ulteriores estructuras mentales; cuando se despierta el sentimiento; cuando tiene lugar el nacimiento y la formación de la conciencia moral; cuando la inteligencia siente la necesidad de saber; cuando el corazón está dispuesto a darse generosamente;

¹⁵ R. GUARDINI, *op. cit.*, pp. 103 y ss.

cuando se verifica la ruptura del equilibrio de la infancia y se busca el ideal que dé sentido y personalidad a la vida; cuando se trata de realizar la inserción de la propia vida en la de la comunidad de los adultos, el educador ha de estar presente para iluminar, orientar, encender, impulsar, moderar; para que en cada momento se entienda, se sienta y se viva la religión como puede y debe ser entendida, sentida y vivida por el sujeto educando; para que no haya lagunas en el proceso evolutivo ni paradas que fijen en alguna de las etapas inferiores del camino que conduce a la madurez religiosa.

Cada una de las etapas tiene sus peculiares problemas, y todos importantes. No podría fácilmente decirse cuál de las etapas es de mayor trascendencia, porque cada una tiene una función que interesa a la totalidad de la vida. Del descuido de cualquiera de ellas se resentiría el conjunto. Todas y cada una requieren del educador una intervención efectiva sabiamente adecuada.

La conciencia de la dignidad y de la responsabilidad que supone el ser llamado a colaborar con Dios en una tarea tan delicada y trascendental como es la del perfeccionamiento de la fe en los educandos debe inducir a los educadores —llámense padres, maestros, catequistas o pastores de almas— a poner el máximo interés en su cometido. Y si hay interés, hay ya una garantía muy sólida de eficacia. Pero la eficacia será mayor si al deseo de cumplir acompaña un conocimiento preciso de las normas de actuación que se consideran más acertadas en cada uno de los momentos del proceso evolutivo de la fe del niño, que, pasando por las etapas de la adolescencia y de la juventud, se hace hombre. En los límites de este artículo no cabe señalar, aunque sólo fuera a grandes rasgos, cuáles sean esas normas. Lo único que cabe es ofrecer el tema como objeto de reflexión y de estudios ulteriores. Y así queda.

Gabriel MENCÍA, F.S.C.